

Sobre los orígenes americanos

José Luis Lorenzo

Los orígenes del hombre americano es tema que ha llenado miles de páginas y docenas, si no cientos, de volúmenes. Desde la inverosímil proposición de Ameghino, del origen autóctono del hombre americano, imposible filogenéticamente, hasta la llegada de extraterrestres, pasando por fenicios, cartagineses, griegos, hebreos, romanos y otros pueblos (Lorenzo, 1974; Laming-Emperaire, 1980; Alcina Franch, 1985).

Sin embargo y ante tal proliferación de teorías, creo que el problema debe dividirse en dos partes; la de cuáles fueron los pobladores originales por dónde y cuándo pasaron y la de aclarar si, posteriormente, hubo contactos interoceánicos, cuándo tuvieron lugar, quiénes lo hicieron y qué fue lo que aportaron a las culturas que, sobre una base original, se estaban desarrollando en el continente americano.

En las páginas siguientes se va a tratar del primer aspecto del problema pero, sobre el segundo, quiero dejar asentados algunos conceptos. Sin negar el naufragio, en tiempos tardíos, de gente de otros continentes, es necesario señalar que la capacidad de navegación por grandes distancias es un elemento que queda cerrado en tiempos primitivos y que se debe tomar como accidental en los más tardíos. Existe, pues, una imposibilidad material en unos tiempos y otras, en realidad del mismo orden, en los más tardíos. Es cierto que ciertas corrientes oceánicas facilitan la navegación hasta las Antillas desde el noroeste de África y el suroeste de Europa, pero también es verdad que este proyecto exige bastantes días y que los navíos de aquellos que se ha pensado debieron llegar no estaban equipados para tales travesías. Esto no descarta la arribada forzosa de algún grupo de marineros, exhaustos, que por tempestades u otros procesos pudieron alcanzar costas americanas, mucho más factible desde occidente que desde oriente, como fue el caso de la navegación de la Kon Tiki, en la que se demostró la factibilidad de alcanzar las islas del Pacífico desde el Ecuador, pero no se ha encontrado forma de navegar por la misma latitud en sentido contrario. Recordemos, simplemente, el largo periplo que, desde Manila, tenían que recorrer los navíos españoles que llegaban al puerto de Acapulco, aprovechando la corriente del Kuro Shyo, primero, luego su exten-

sión, después la de las Aleutianas o la deriva del Pacífico norte para finalizar con la de California, habiéndose tenido que remontar hasta el paralelo 45, en navíos de gran capacidad, preparados para tan larga travesía y en los que, pese a todo, había gran mortandad de tripulantes y pasajeros, aparte de la pérdida de algunos barcos.

Con lo anterior se demuestra que si hubo contactos transatlánticos o transpacíficos, ello se debió más a la casualidad que al cumplimiento de un propósito definido y es del todo inaceptable el establecimiento de líneas constantes de comunicación, con ida y vuelta aseguradas.

Hay que dejar a la corriente difusionista con sus ideas de contactos de largo alcance y mantenidos, en ambas direcciones, y aceptar el hecho aunque no sea probable, de la posibilidad de arribadas forzosas. Entonces se nos plantea otra situación ¿qué pudieron aportar a las culturas locales estos naufragos? Si pensamos en la composición de una tripulación debemos considerar marineros y comerciantes. En un nivel de caracterización cultural neolítica, con autosuficiencia en muchos terrenos, puede que haya habido alfareros, aparte de otros diversos oficios de los que el registro arqueológico no deja huellas. No es posible pensar en que entre los llegados hubiera sacerdotes, salvo de nivel primario, ni arquitectos, ni, por decir así, matemáticos.

Pero aunque este hubiera sido el caso, hay que tomar en cuenta la capacidad de recepción de los encontrados, lo que conlleva la posibilidad de asimilación. Tendrían que ser sociedades en desarrollos si no semejantes, al menos cercanos, pues de lo contrario, la sociedad receptora no tendría la posibilidad de asimilación de lo nuevo, tan distinto. Pongamos por caso la metalurgia. En primer lugar esta técnica se divide entre los que son capaces de encontrar, por experiencia previa y conocimiento territorial, los yacimientos; quienes saben como explotarlos; los que transforman el mineral en material fusible; los que saben fundirlo y los que saben cómo darle forma. Es cierto que algunos puntos de los señalados pueden coincidir en un solo hombre, pero no todos. Y aun si el conocimiento total residiera en una sola persona y esa

fuera parte de los tripulantes, caso extremo, ante un nuevo territorio es indudable que tardaría mucho en lograr el propósito de fabricar artefactos metálicos, si es que alguna vez se lo propuso.

Reiteramos el punto de vista. Si es que hubo arribadas forzosas a las costas americanas de gente de otras culturas, éstas se redujeron a un impacto zonal y durante un corto tiempo y no debemos caer en el simplismo de atribuir contactos a las analogías formales.

Para explicitar diremos que contactos los pudo haber y existen datos que lo indican, pero que esto no demuestra ni presencia de elementos culturales impuestos por los recién llegados, ni afluencia masiva de grupos que modifican o alteran situaciones raciales.

Por lo anteriormente expresado, dejemos el asunto en manos de los teóricos que laboran entre el poblamiento mixto y sus concatenantes culturales y dediquémonos al primer aspecto, el de los habitantes originales, iniciales, sus tiempos y sus propios problemas.

Partimos de una hipótesis, que cada día más se convierte en tesis, la de que los primeros y más antiguos pobladores de América llegaron al continente por el estrecho de Bering, durante el Pleistoceno final (ver figura 1).



Figura 1. Extensión del casquete glacial Lauréntido y de los glaciares cordilleros durante el Woodfordiense, de la glaciación Wisconsin. No se indican las costas causadas por la regresión.

Si tomamos en cuenta las oscilaciones del nivel del mar en Bering durante la última glaciación, vemos que tuvo dos estadiales mayores, dos grandes avances del hielo, el primero entre 70 y 32000 años a.p., con un descenso del nivel del mar que permitió la unión entre ambos continentes, Asia y América entre 63 y 45000 años a.p.; una ligera elevación de ese nivel que quizá anuló el paso franco entre ambas masas continentales por tierra enjuta de 45 a 35 000 y un nuevo afloramiento de tierra uniendo totalmente los continentes entre 35 y 10000 a.p. (Hopkins, 1967; Hopkins *et al.*, 1982; Lorenzo, 1986) (ver figura 2).

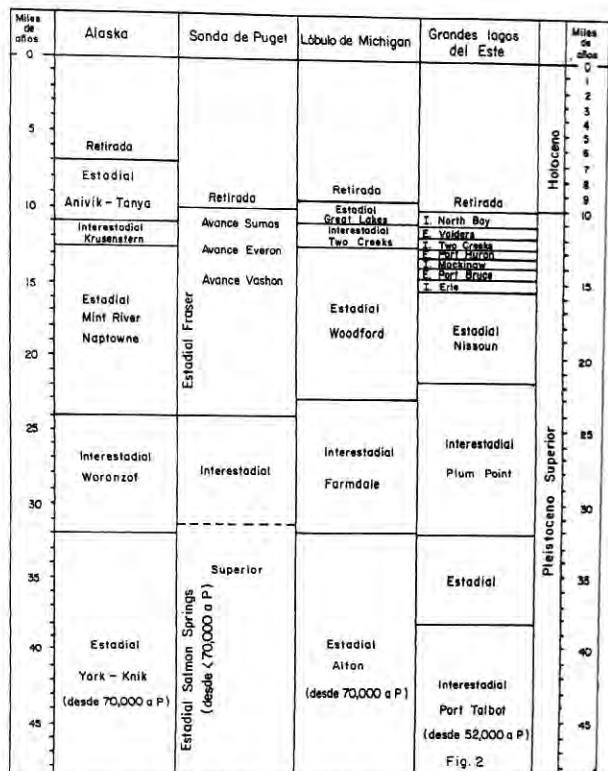


Figura 2. Comparación general de glaciaciones durante el Pleistoceno Superior (Wisconsin) en el borde sur del casquete glacial de Norteamérica.

Durante el primer estadio, en Alaska el York-Knik, Altoniense en el lóbulo central del casquete norteamericano, por ser de intensidad relativamente menor, los hielos de ese casquete no llegaban a unirse con los de los glaciares que descendían hacia el este de las montañas Rocallosas, dejando un corredor abierto entre ambas masas de hielo. Esto, sin embargo, genera una serie de lagos proglaciales en ese corredor, al cerrarse los drenajes naturales de los ríos que nacían del casquete Laurentido. Estos lagos, a pesar de las bajas temperaturas reinantes, debieron tener una avifauna y una ictiofauna de importancia sin

considerar la mastofauna refugiada en las partes de tierra o cubiertas ni por los hielos ni por las aguas. Luego entonces, de 63000 a 45000 a.p. existieron condiciones para permitir la penetración de gente hacia el sur.

Esta gente provenía de la franja climática subártica, desde el extremo oriental de Asia y se movió a lo largo del territorio que se estableció entre Asia y América al descender el nivel del mar por debajo de los 45 m; penetró en América siguiendo el valle del Yukón, que no estuvo glaciado y, por la misma ruta alcanzó la cabecera del sistema fluvial mencionado hasta alcanzar el corredor.

Lo mismo sucedió entre 45000 y 35000 a.p. al menos, cuando el interestadial Woronzof de Alaska, el Farndale en el centro de Norteamérica, pues aun cuando hubo un ascenso del nivel del mar aquéllos quedaron del lado americano, bien pudieron proseguir en su migración hacia el sur, ya que el corredor se había ensanchado y con ello las posibilidades de tránsito.

En el estadal Mint River-Naptowne de Alaska y Woodford del centro de Norteamérica, las condiciones cambiaron dado que la glaciación fue mucho mayor y todos los informes señalan que de 35 a 10000 a.p. el corredor estuvo cerrado por la coalescencia de los hielos cordilleranos con los del casquete, aunque es posible que por unos pocos milenios en su inicio y otros en su final, haya habido paso posible (Rutter, 1980) (ver figura 3).

La coalescencia de los hielos no era un fenómeno total y dejaba territorios libres tanto al sur como al norte, pero los hielos ocupaban una región de cuando menos 2 000 km linealmente, con lo cual el paso posible se dificultaba enormemente.

Otra posibilidad, mantenida por algunos autores, es la de la penetración hacia el sur a lo largo de la costa NW de Norteamérica, la actual del Canadá y del NW de los Estados Unidos de Norteamérica sobre el Pacífico. Debido al descenso del nivel del mar y aunque en esa región la plataforma continental es casi inexistente, habrían quedado una serie de territorios libres de hielo y sobre el nivel del mar que alcanzarían hasta zonas no glaciadas, facilitando el tránsito, dentro de una economía de explotación de recursos costeros (Fladmark, 1979) (ver figura 4).

Esta hipótesis no toma demasiado en cuenta dos factores. El primero es que, precisamente en esta costa, se encuentra un tipo de glaciar, el caracterizado por el de Malaspina, el cual al salir de los valles que descienden hacia el oeste de las Rocallosas, se extienden por la llanura formando lóbulos de grandes dimensiones por lo cual, si nos situamos en una época glacial, es de suponer que estos lóbulos eran más numerosos y más extensos, con lo que debían anastomosarse, formando una orla continua, o casi continua, de lenguas de glaciar, con lo cual apenas

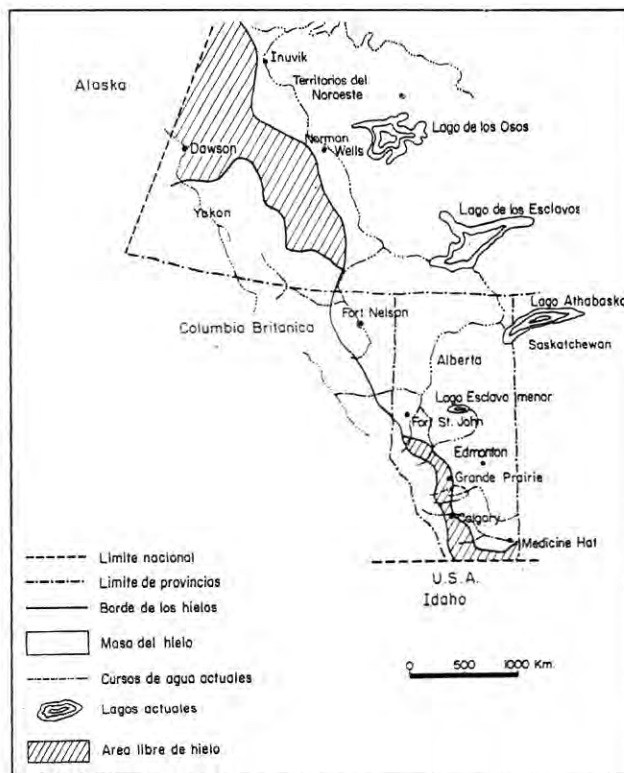


Figura 3. Límite de los hielos en el noroeste de Norteamérica en el máximo del estadal Woodford (Rutter, 1980).

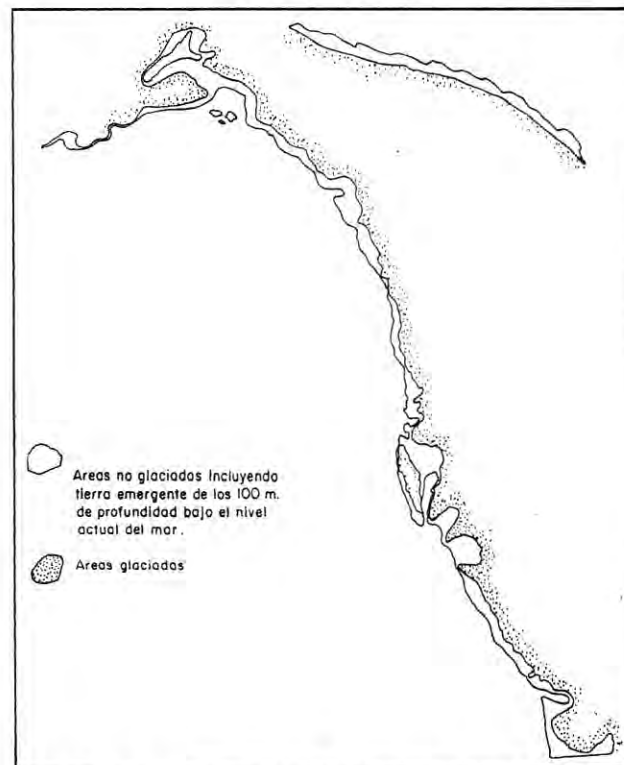


Figura 4. Margen hipotético del máximo de la glaciación Wisconsin, en la Costa Noroeste (Fladmark, 1979).

quedarían algunas áreas menores libres de hielo. A lo anterior se une la objeción mayor. Los patrocinadores de esta hipótesis presentan un mapa en el que indican las zonas costeras libres de hielo que, en principio, se aceptan, pero no señalan la forma para llegar a ellas desde el centro de Alaska, ni desde la Beringia entonces existente.

Entre la costa del Golfo de Alaska, comienzo de la cadena de territorio emergido, y Beringia o Alaska central, se extendía una gran zona cubierta de glaciares, la correspondiente a la Cordillera Aleutiana. Este aspecto de la posición geográfica de glaciares y su tamaño no se toma en cuenta en la hipótesis presentada, por lo cual, aunque se admita la posibilidad de un corredor costero a lo largo de las costas del Pacífico de Norteamérica, no se encuentra la de acceder a él, con lo cual toda elaboración al respecto pierde verosimilitud.

Otra teoría que desde hace más de 50 años ha sido propuesta es la del poblamiento de América por gente venida de Australia, a través de Tasmania y la Antártida, en una combinación de viaje marítimo y terrestre dentro de una zona de clima inclemente (Rivet, 1960).

El recorrido debía comenzar en el extremo sur de Tasmania, en el Cabo Suroeste hasta la isla Macquarie, a 1 500 km de distancia. De esta isla al grupo de las islas Balleny, a 1 300 km y de ahí a la costa más cercana de la Antártida, la de Oates, en la península de Mawson o, más bien, al cabo Adare, de la costa de Borchgreniuk, unos 600 km. Luego, en dirección este habría que recorrer 3 500 km más, hasta alcanzar la isla más norteña del grupo de las Shetland del Sur la isla del Elefante, desde donde, hasta llegar al cabo de Hornos, en el extremo sur de Sudamérica, sólo hay unos 800 km. Un total de aproximadamente 7 700 km entre navegación y caminata por una de las regiones más inhóspitas de la Tierra, virtualmente todo el recorrido dentro del círculo polar antártico.

Si esta hipótesis del poblamiento de América por australianos se sitúa, como se hace, dentro de una glaciación, cuando el nivel de los mares ha bajado considerablemente y hay tierras que afloran en la región del caso, resulta que en ellas no existen bancos, ni bajos, con posibilidad de emergencia, entre los puntos citados, para hacer menos largas las travesías. A lo anterior se une que, durante una glaciación, el banco de hielo que rodea la Antártida, es mucho más grande, aunque hay quienes consideran la posibilidad de que las glaciaciones en ambos hemisferios no hayan sido isócronas, sino opuestas, por lo cual la glaciación del hemisferio norte podría haber producido el descenso del nivel del mar, sin por ello incrementar el casquete glacial de la Antártida, a esto se puede señalar, simplemente, que ahora, cuando estamos en un interglacial o un interestadial, la Antártida sigue siendo uno de los lugares más fríos del mundo, con bancos de hielo que se adentran en los océanos y de

muy difícil tránsito, aun con los elementos materiales de la moderna tecnología.

Ante tal planteamiento es obligatorio pensar entre otras cosas que los habitantes de Tasmania, región de por sí fría y más durante una glaciación, no se desplazarían hacia el sur, en este hemisferio, la zona de mayor frío, aparte de que tanto los australianos como los tasmanios aborígenes no tuvieron medios capaces de navegación tan elaborados como para travesías de semejantes dimensiones, ni cuando fueron descubiertos y, mucho menos, con la tecnología existente en las fechas de la llegada de los primeros hombres a América.

Ciertas similitudes de elementos de la cultura material, algunas generalizaciones lingüísticas y ciertos aspectos craneométricos, condujeron a esta hipótesis, ya comentada y anulada hace muchos años. Sin embargo, es factible explicar las semejanzas de algunos americanos con australianos mediante otra explicación, que más adelante se expone.

Pero tenemos Beringia. Bajo este nombre los especialistas califican el enorme territorio que, uniendo Asia y América, se estableció con motivo del descenso del nivel del mar durante las glaciaciones. Hemos de tomar en cuenta que este descenso fue un proceso lento, que tardó miles de años en llegar a su apogeo, en el que se mantuvo otros miles. Durante ese largo periodo, plantas primero, animales después, fueron colonizando las tierras recién emergidas y, por lo tanto, ampliando los territorios explotables por el hombre asiático, quien pudo avanzar paulatinamente hacia el este hasta llegar a ser, sin saberlo, el primer habitante del continente que luego llamaríamos América (Hopkins, 1967) (ver figura 5).

En este tránsito no hubo dificultades pues consistía en moverse dentro de un mismo ecosistema, para cuya explotación todo estaba ya adecuado en el patrón cultural de la zona de origen.

Un sinnúmero de sondeos y perforaciones nucleadas de fondo de mar en el de Bering, el Pacífico norte y el mar Chukchi, han proporcionado información suficiente que, a pesar de ser algo esquemática, permite obtener una buena idea de cómo debió ser este puente intercontinental durante las glaciaciones. Desde luego, los datos más fehacientes corresponden a lo sucedido y existente durante el último estadio glacial, el acontecido entre 35 y 10000 a.p., pero no es muy aventurado suponer condiciones generales muy semejantes para el lapso del penúltimo estadio glacial, el que tuvo lugar entre 63 y 45000 antes del presente.

En el estrecho de Bering, ambos continentes, Asia y América, se aproximan mucho, pues el extremo oriental de Siberia en la península de Chukotka, el cabo Dezhnev y el extremo occidental de Alaska, el cabo Príncipe de Gales, se encuentran a unos 90 km de distancia, a lo que se une que a la mitad de esa dis-

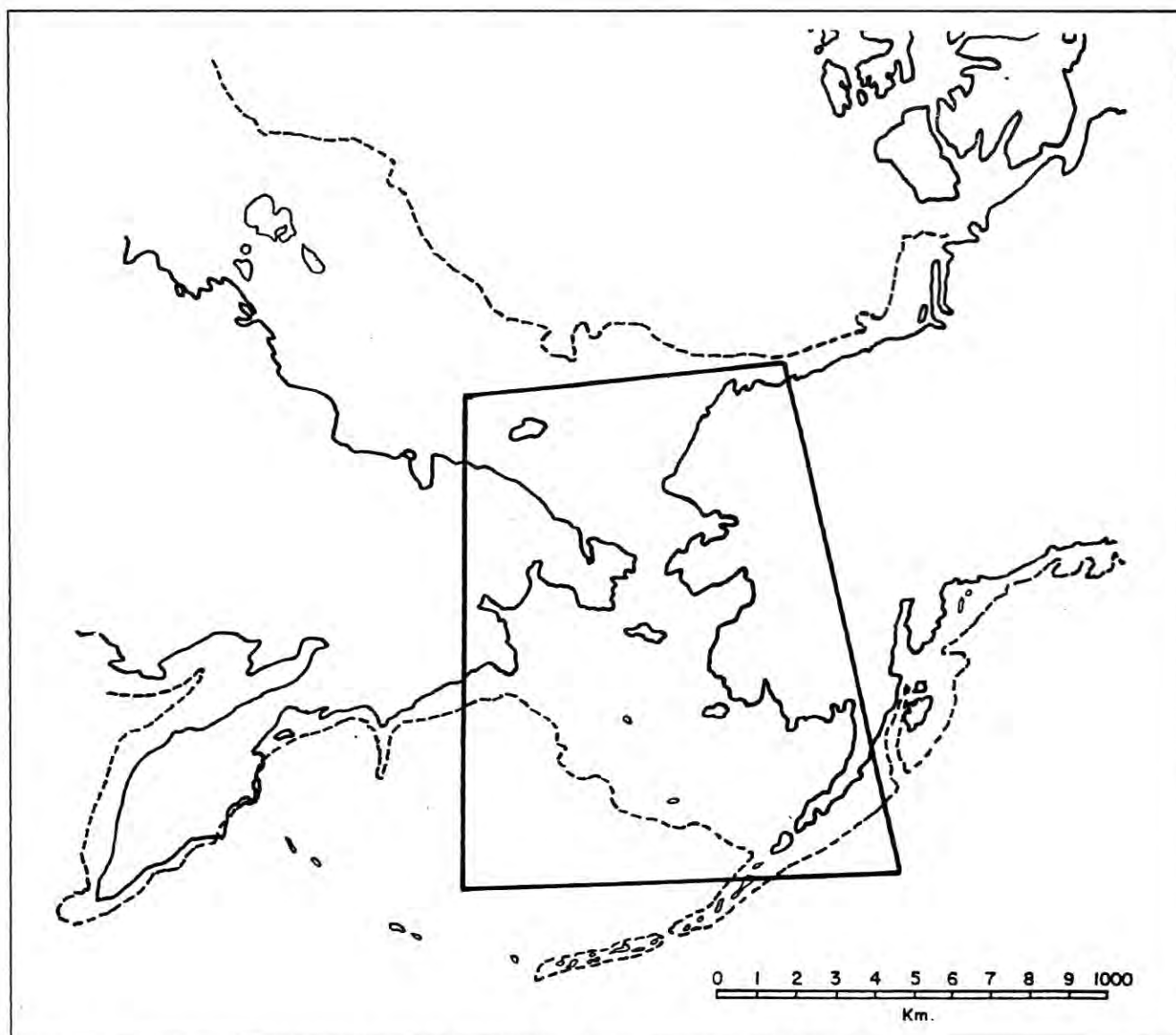


Figura 5. Beringia en el Pleistoceno Superior (ver detalle del recuadro en la figura 6).

tancia, aproximadamente, se encuentran las islas Diomedes, la Pequeña y la Grande.

Cuando surgió Beringia, apareció un nuevo paisaje en el que se encontraban como montañas las actuales islas Diomedes, la King, la San Lorenzo, la San Mateo, la Nunivak y las Pribiloff. No era pues una vasta llanura sino un territorio con montañas a lo que se unían ríos y lagos. Por el lado siberiano, de los glaciares que cubrían las cordilleras de Kolyma y Chukotka, se desprendían cursos de agua que, a la altura de la isla Wrangel, entonces un conjunto montañoso cubierto de glaciares, se juntaban formando un río que desembocaba en el mar Artico. Este río también captaba las aguas de otro, formado por los Kobuk y Noatak, que se originaban en los glaciares de la cadena Brooks, en

Alaska y se juntaban con el que corría hacia el norte por lo que ahora es el valle marino Bering que más al norte se transforma en el valle marino Hope.

Al sur de la península de Chukotka se formó un lago de grandes dimensiones, el lago Marklin, que recibía aguas de diversos lugares: del oriente por los actuales valles marinos de Port Clarence y de la isla King; por occidente de las derivadas de los glaciares de la cadena de Chukotka y por el sur de una derivación del río alaskaño Yukón, que divagó encauzándose en diversas direcciones, sin que se haya podido discernir los tiempos específicos de estas derivaciones.

Al sur del lago Marklin y al norte de la isla San Lorenzo, hubo otro lago que ha recibido el mismo nombre de la isla y que se conecta con el de Marklin,

al norte, por el valle marino de Kookootik. Por el lado siberiano descendían cursos de agua, menores, que salían de los glaciares de las montañas de Chukotka, Kolyma y Koriansk e iban a reforzar el de Anadyr, que surcaba por lo que ahora es el golfo del mismo nombre. Más hacia el este, saliendo de los glaciares de la cadena de Chukotka, corría otro río, por el actual valle marino de Chaplin. Desde Alaska, además de las divagaciones del curso inferior del Yukón, una de las cuales, la que se dirigió al norte, formó un pequeño lago, hubo otras, hacia el oeste dos y otra al sureste, la cual, pasando al este de la isla de Nunivak, posiblemente unió sus aguas a las de la extensión del Kuskokwin que, aguas abajo, confluía con el Kvichak para desembocar al noreste de las islas Aleutianas (Lorenzo, 1986) (ver figura 6).

Así establecida la fisiografía y la hidrología del Bering, es necesario pensar en los recursos alimenticios que poseía.

El clima era duro, extremo y de tónica seca, con veranos cortos, casi calurosos y largos inviernos de riguroso frío y vientos. A lo largo del año las condiciones eran más extremas en la zona norte, la bañada por las aguas del mar Artico que era, como ahora, una

enorme masa de hielo. Por el lado sur, hacia el Pacífico norte, es factible que el clima haya sido el mejor, algo más cálido y húmedo, pues al establecerse Beringia se interrumpió la corriente ártica que desciende ahora por el estrecho de Bering hacia el sur y entra en colisión con la corriente tibia de Kuro-shyo, desviándola hacia el este e impidiendo su marcha al norte. Si, como decimos, desaparece la corriente ártica, las aguas tibias de la Kuro-shyo alcanzarían a bañar la costa sur de Beringia. Esta es una hipótesis y existe otra, contraria, según la cual entre la costa sur de Beringia y la cadena de las islas Aleutianas se estableció una masa flotante de hielo por causas meteorológicas de explicación bastante complicada.

Bajo esas condiciones climáticas creció un tipo de vegetación que consistía en estepa y tundra, ambas de carácter ártico y subártico, con algunos bosquecillos de galería, de árboles de tamaño pequeño, a lo largo de los cursos de agua. En este género de vegetación y en la época apropiada del año se encuentran abundantes bayas comestibles y también son comestibles una serie de brotes tiernos así como algunos bulbos, por lo cual la alimentación de origen vegetal no faltaba durante ciertos meses del año.

En el terreno del reino zoológico y considerando nada más los herbívoros, debieron abundar las manadas de renos, caballos, bisontes y alces, además de los imponentes mamutes, junto con multiplicidad de especies menores, tales como la liebre ártica. Las costas, sobre todo al sur, proveían de abundantes mamíferos marinos, mariscos y pesca, entre ésta el salmón, tan abundante en ciertos meses del año. La conservación de alimentos por procedimientos de ahumado, salazón, secado al sol y congelación debió ser conocida por los habitantes de la región, pues era necesario preservar una gran parte de los abundantes productos veraniegos para los largos y duros inviernos.

La madera para la fabricación de determinados artefactos, aunque en forma de pequeños árboles, tampoco debió faltar en ciertas partes de Beringia, al igual que algunas plantas fibrosas y cortezas aptas para obtener cuerdas o usarse directamente, como las del abedul. A esto hay que unir pieles, cueros, tendones y tripas con su multiplicidad de usos.

El roquedo de la región puede proporcionar material tallable por percusión, como el pedernal y otras rocas microcristalinas, así que, sin ser un paraíso, ni mucho menos, había posibilidades de supervivencia, como se demuestra en la persistencia de grupos humanos que habitan el llamado círculo ártico en el que han establecido una especie de proceso simbiótico o de integración con el ecosistema, digno de ser tomado en cuenta para explicarse el paso o movimiento humano por esa región.

Aclaradas las características del paisaje por donde el hombre penetró a América, ya se ha visto que las

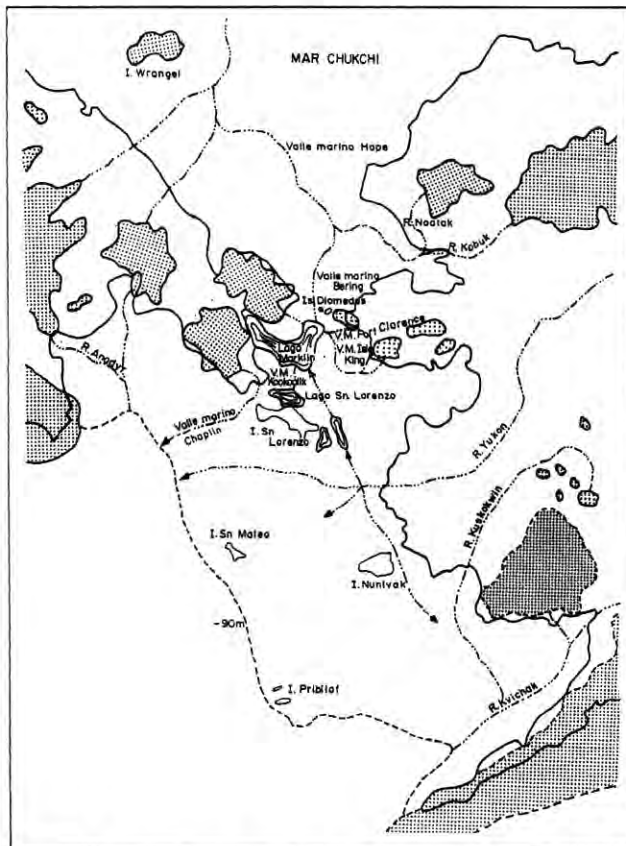


Figura 6. Beringia en el estadal Woodford (20000-14000 a.p.)

fechas van del 65 al 45000 a.p., en una primera fase, la más antigua pero la más fácil por existir un corredor franco de hielos, y durante una segunda fase, de 35 a 10000 a.p., cuando tan sólo pudieron ocupar el interior de Alaska, el valle del Yukón, además de Beringia, existiendo la posibilidad de penetración rumbo al sur del continente probablemente desde 15000 a.p. (Lorenzo, 1986) (ver figura 7).

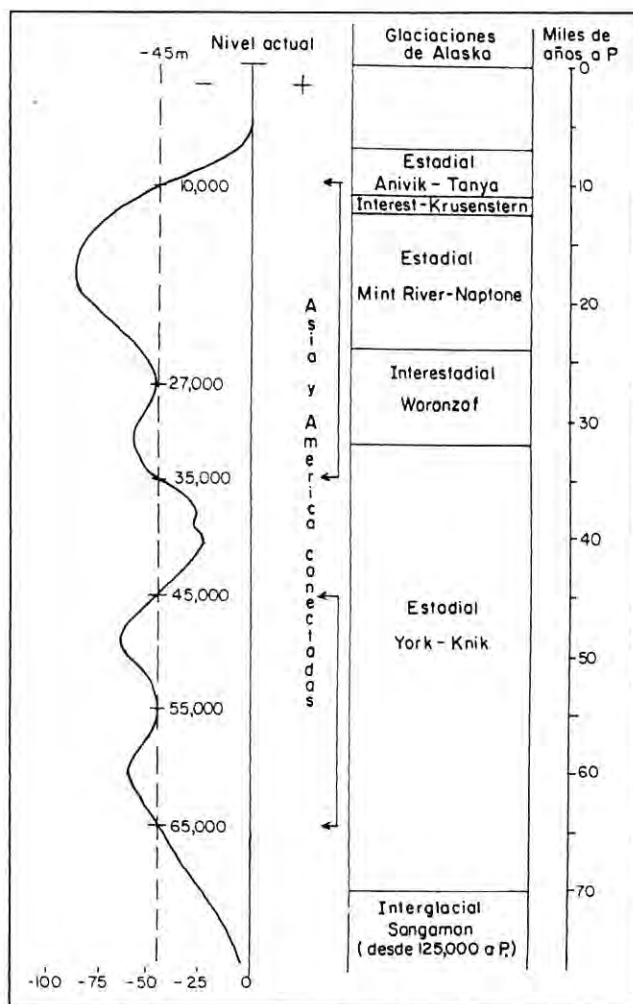


Figura 7. Oscilaciones del nivel del mar en Bering durante la glaciación Wisconsin.

Para algunos, la primera fase no debe ser tomada en cuenta pues la juzgan demasiado antigua y, según su criterio, los hallazgos que la corroboran son demasiado débiles. Estos hallazgos, de gran pobreza, es cierto, aunque algunos tienen abundantes materiales, indican un claro movimiento de norte a sur en su orden general.

El más nórdico es el conjunto de huesos trabajados que se ha encontrado en diversos yacimientos de Old Crow Flats, Canadá de 40000 a.p.; material trabajado,

atribuible a actividad humana en American Falls, USA de más de 40 000 años; hogares fechados en más de 40 000 años en la isla de Santa Rosa, California, USA; restos de ocupación humana en Meadocroft, USA, de 20 000; huellas de destazamiento en los huesos de un proboscideo en Coopertown, 20 000; hogares y fragmentos de hueso en El Cedral, México, 31 000; hogares y amontonamientos de huesos de animales allí consumidos en Tlapacoya, México, 21 000; una raedera en Caulapan, México, 21 000; algunos litos asociados a fauna pleistocénica en El Bosque, Nicaragua, 20 000; artefactos asociados a fauna extinguida en Taima-Taima, Venezuela; restos de ocupación con artefactos y hogares en El Abra, Colombia, 12 400; un contexto semejante en la cueva de Guitarrero, Perú, 12 500; pisos de ocupación, hogares e industria lítica en Toca de Boqueirao, Brasil, 31 000; restos de ocupación y algunos artefactos en Pikimachay, Perú, 18 000; abundantes restos de ocupación en Monte Verde, Chile, 13 000; un piso de ocupación con industria lítica en Los Toldos, Argentina, 12 600 y también ocupación humana en la cueva de Fell, Chile, 11 000 (Lorenzo, 1986).

En el movimiento general norte sur que se ha señalado hay algunas alteraciones en el ritmo temporal, pero es indudable que si tenemos hallazgos de 13 000, 12 600 y 11 000 en el extremo sur, del continente la tesis de que el hombre no pudo llegar antes de 15000 a.p. a América, se derrumba (ver figura 8).

El desplazamiento de grupos cazadores recolectores desde Alaska a la Patagonia sólo pudo explicarse como uno de gran lentitud, y la distancia es enorme. A esta gran distancia se une la forzosa aclimatación y los cambios tecnológicos necesarios para sobrevivir a través de tan distintos ecosistemas. Se hace inexplicable, pues no hay razón alguna, el que la gente se haya desplazado hacia el sur con la rapidez que requiere la comparación de fechas: de 15 000 a 13 000, unos 2 000 años para recorrer alrededor de 15 000 km, sobre todo si pensamos en la riqueza de alimentos que muchas regiones poseyeron y que naturalmente invitaban a largas estadias, no a un movimiento perpetuo.

Tampoco es factible pensar en presiones demográficas de gran violencia que obligasen a continuos desplazamientos, pues a juzgar por los pocos restos de estas edades que se encuentran, se puede asegurar que eran pocos, con posibilidad de explotar territorios extensos sin entrar en conflicto.

Por cuanto al utillaje de que disponían, aunque se ha encontrado poco, se puede asegurar que carecían de puntas líticas de proyectil lo que se puede haber suplido con palos aguzados o con puntas de otros materiales percederos. Son frecuentes los objetos de hueso, someramente trabajados restringidos a puntas, bordes cortantes o rallentes. La lítica demuestra técnica de percusión lanzada, un mínimo



Figura 8. Sitios más antiguos del Continente Americano.

de retoques y carencia de forma específica; al parecer fabricaban un objeto de piedra, sin grandes preferencias por la materia prima, obtenían un borde rallante o cortante y lo descartaban.

Inevitablemente se llega a la pregunta: ¿quiénes eran? Para empezar hay una ausencia de restos humanos de fechas tan antiguas, por ahora, pero la opinión generalizada considera que los pobladores americanos originales eran mongoloides, aunque entre ellos se perciben otras características, como las australoides y melanesoides, habiendo quienes también encuentran algunos caracteres caucasoides.

No es fácil adentrarse en terreno tan difícil, pues faltan elementos de juicio que tengan validez y es posible que la teoría que presentó hace años Birdsell, (1951) que fuera muy impugnada, a la luz de una cronología distinta de la que entonces se manejaba, se deba tomar en cuenta.

Hasta la fecha del trabajo de Birdsell, según éste, los métodos seguidos para resolver el problema habían demostrado su insuficiencia y era necesario buscar otros nuevos. El origen de los elementos no mongoloides se había estudiado analizando detalla-

damente materiales americanos, pero dice el autor, lo que había que hacer era definir, dentro de posibilidades amplias, los elementos raciales que existían en Asia en el tiempo de las migraciones tempranas por el estrecho de Bering y lo razonaba de la siguiente manera: 1º, las evidencias de que se dispone indican que la raza mongoloides ha alcanzado su actual distribución geográfica mediante una expansión rapidísima, quizá explosiva, 2º, es un caso muy conocido el que la presencia de cultivadores neolíticos altera gravemente el patrón distribucional de recolectores y cazadores, con importantes repercusiones sobre la genética de poblaciones y, teniendo presente el potencial que poseen los agricultores para alcanzar una densidad de población mucho más alta, es posible que la aparición de la agricultura y la de los mongoloides, expandiéndose por Asia, no sean fenómenos separados, sino que hayan tenido lugar al unísono. A causa de ello, los pueblos aún vivos de Asia no pueden presentar las evidencias necesarias para resolver el problema del origen racial de los americanos.

Partiendo del principio de que las áreas marginales contienen refugios en los que es posible la preservación de poblaciones tempranas, encontramos que, para la comprensión del Este asiático existen dos áreas mayores que reúnen esas características: una América y la otra Australia. Podría parecer extraño pero la interpretación del poblamiento de Australia y Melanesia con las debidas precauciones puede informar sobre la naturaleza de los elementos raciales que existían en Asia y que también pudieron emigrar al Nuevo Mundo al final del Pleistoceno y en tiempos aún más recientes.

Apoyándose en sus propios estudios en Melanesia y, sobre todo, en Australia, encuentra que existen tres poblaciones distintas: los negritos oceánicos, que serían la primera oleada; los murrayanos, la segunda y los carpentarios, la tercera. La primera ola de *Homo sapiens*, los negritos, tienen una clara afinidad por territorios tropicales húmedos, boscosos, y por su distribución no parecen haber remontado esta franja hacia el norte en momento alguno. Los murrayanos, presentes en Australia, tienen como parientes cercanos a los ainu y, por los hallazgos de Australia, deben haber entrado en ella durante el último periodo glacial. Encuentra que la zona del río Amur debió contener una forma afín a los ainu, a la que llama amurianos. Son una especie de protocaucasoides, o paleocaucasoides, no bien establecida, de la que juzga derivaron los mongoloides; los terceros en ocupar Australia fueron los llamados carpentarios tardíos, pues llegan al final de la última glaciación. Además considera que los restos humanos de la cueva superior de Chuku-tien son los únicos fósiles que pueden darnos indicaciones sobre los tipos que poblaron América, ya que representan los existentes en el NE de Asia durante el Pleistoceno final y principios del Holoceno. A las inter-

pretaciones de Hooton y Weidenreich opone la propia y dice que el cráneo 101 (el viejo) es murrayano y rechaza algunas particularidades que llevaron a otros autores a ver en él una hibridación con mongoloide, al demostrar que también existen entre los murrayanos. La mujer 102 (considerada melanesioide) es un híbrido del tipo mongoloide de cráneo largo y alto con amuriano de cráneo largo y bajo. La mujer 103 (considerada esquimoide) es un mongoloide de cráneo muy largo y relativamente muy alto con elementos ainoides. En resumen la población Chukotien superior presenta dos elementos raciales discretos: 1) un tipo caucasoide arcaico, posiblemente ancestral, relacionado con ambos, los ainu y los murrayanos, 2) una forma mongoloide de cráneo largo y angosto.

Al iniciarse la cuarta y última glaciación, la reconstrucción hipotética de la población humana en Asia del este indica la presencia de tres grupos raciales mayores: los negritos, por un lado, los carpenterios, y ambos en las latitudes tropicales y los amurianos (murrayanos) en las zonas templadas. Esto puede afirmarse por no haber encontrado en el Asia continental del este ni negroides, ni papúes, ni melanesios o elementos de la rama mediterránea de los caucasoides; todo ellos, según algunos autores, presentes en la población americana.

En el Pleistoceno final evolucionaron los mongoloideos en algún lugar del NE de Asia, bajo condiciones ambientales muy extremas, en ambiente ártico seco. Birdsell postula a los caucasoides arcaicos como la base de los mongoloideos evolucionados.

La distribución de los pueblos de Asia del este, al igual que la escasa evidencia arqueológica, suponen un origen dihíbrido para los indios americanos. Los dos elementos raciales presentes en el momento y lugar oportunos para poblar América fueron los amurianos y los mongoloideos. Si la llegada del hombre al continente americano fue en el tercer interglacial, con seguridad era caucasoide: un amuriano sin mezcla. Cualquier grupo que haya emigrado en tiempos postglaciales será un dihíbrido de origen y, de acuerdo con ese tiempo, el componente mongoloide será débil al principio, y mayor el amuriano, más fuerte al final y más débil el amuriano.

El dihíbridismo como hipótesis tiene poca conformación en la craneología americana, debido a la naturaleza de la información de que por ahora se dispone, aunque hay grupos, entre los indios vivos, que revelan rasgos amurianos, como son los cahuilla de la parte sur del estado de California (USA) y los pomo y yuki del norte del mismo estado.

Esto en cuanto se refiere a la hipótesis de Birdsell.

Ahora bien, en un trabajo acerca del origen y diferencias de las razas humanas debido a Cavalli-Sforza (1973) y mediante el análisis filogenético basado en el polimorfismo genético, llega a conclusiones que, para el caso del poblamiento del continente americano,

refuerzan la hipótesis de Birdsell. Presenta un estudio en el que toma cinco grupos sanguíneos y un total de 20 alelos, de 15 poblaciones humanas elegidas como representantes de todo el mundo. De aquí obtiene un árbol de descendencia en el que se separan claramente tres grupos africanos de tres europeos, en una de las ramas mayores del árbol filogenético; en la otra, el aspecto es más heterogéneo, aunque hay elementos para discernir relaciones entre los grupos de Australia y Nueva Guinea con los indios de Venezuela, esquimales e indios de Arizona.

Años más tarde del trabajo anteriormente citado, y apoyándose en otros, efectuó uno en el que eligió poblaciones distintas de las del trabajo anterior, pero también representativas de los cinco continentes, todas ellas caracterizadas por alto polimorfismo. Además de los cinco grupos sanguíneos que se habían utilizado (ABO, MN, Rh, Fy y Diego) se añadieron cuatro marcadores: Hp, Tb, PGM y AK. Los resultados obtenidos fueron esencialmente los mismos, aunque la heterogeneidad que presentaba cierta parte del trabajo anterior ahora se aclaraba, con mejor definición y separación, de tal manera que el conjunto integrado por las poblaciones humanas que abarcan la zona del extremo asiático del este, Australia, Melanesia y las del continente americano, aparecen claramente unidas en una sola rama (ver figura 9).

De la conjunción de los trabajos de Birdsell y Cavalli-Sforza parece muy verosímil que la población inicial de América haya sido la de origen amuriano y que los siguientes grupos humanos fueran de carácter cada vez más mongoloide, todos ellos provenientes de un mismo tronco del que también surgieron australianos y melanesios, con lo cual se explicarían muchos problemas surgidos de la presencia en América de elementos raciales considerados de esos orígenes.

A la diversidad de los habitantes del Nuevo Continente, dentro de algunas características que se repiten, debemos atribuirlos a la posibilidad de grandes derivas genéticas, resultantes del aislamiento de pequeños grupos durante muchos milenios. No es cuestión de entrar a dirimir sobre los potenciales de caracteres dominantes y recesivos, pero si es necesario señalar los efectos de aislamientos prolongados y sus efectos en una población.

Podemos finalizar diciendo que en muchos aspectos la teoría de Birdsell y la corroboración de Cavalli-Sforza congenia con la realidad americana, dado que en América son frecuentes los grupos dolicoideos, de cazadores y recolectores, marginados en territorio poco o nada aptos para la agricultura, lo que denota una posible población más antigua, centrifugada (valga el término) a la periferia, a regiones más inhóspitas, por una población agrícola.

Puede parecer una hipótesis muy aventurada, pero la simultaneidad del poblamiento de Asia y Australia,

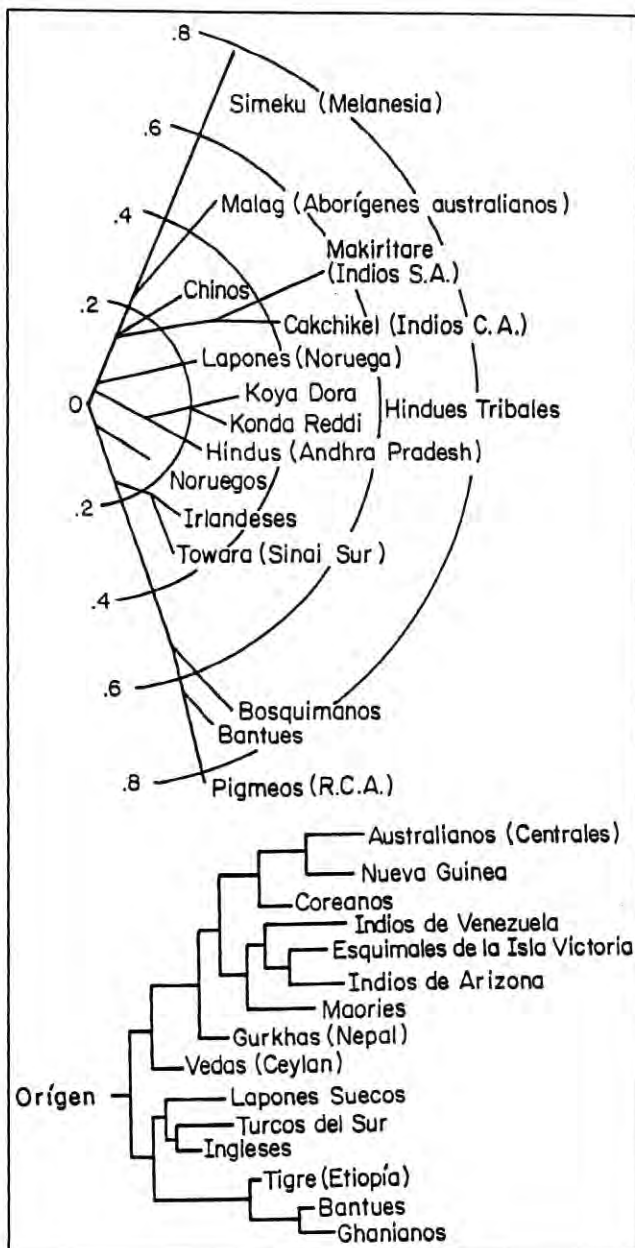


Figura 9. Arriba: árbol de 15 poblaciones, tres por continente, reconstruido con base en 9 loci. Se añaden tres poblaciones a las 12 empleadas por Kidd (según Cavalli-Sforza, 1973). Abajo: árbol evolutivo computado de las frecuencias de genes de grupos sanguíneos (según Cavalli-Sforza, 1973).

junto con la de la aparición del *Homo sapiens sapiens* en Europa, unida a la ancestralidad del tipo caucasoide explica, o corrobora, movimientos demográficos, a la vez que sus aislamientos geográficos aclaran las diferencias actuales ya que, hemos visto, se trata de tres movimientos básicos llevados a cabo en territorios absolutamente distintos: uno por la zona ártica,

otro por las estepas mesotérmicas y un tercero por la zona tropical.

Esta es, en apretada síntesis, una idea sobre el origen del hombre americano.

Bibliografía

Alcina Franch, José

1985 *Los orígenes de América*, Editorial Alhambra, S.A., Madrid.

Birdsell, J.B.

1951 "The Problem of the Early Peopling of the Americas as viewed from Asia", *Paps. Phy. Anthropol. American Indians*, W.S. Laughlin (ed.) The Viking Fund, Inc., New York, pp. 1-68.

Cavalli-Sforza, L.L.

1973 "Origin and Differentiation of Human Races", *Procs. R.A.I. for 1972*, London, pp. 15-25.

Fladmark, K.R.

1979 "Routes: Alternate Migration Corridors for Early Man in North America", *Amer. Antiq.*, 44 (1), Salt Lake City, pp. 55-69.

Hopkins, David M., ed.

1967 *The Bering Land Bridge*, Stanford University Press, Stanford.

Hopkins, D.M., J.V. Matthews, Jr. Ch. E. Aschweger y S.B. Young, eds.

1982 *Paleoecology of Beringia*, Academic Press, New York.

Laming-Emperaire, A.

1980 *Le problème des origines américaines*, Cahiers d'Archéologie et d'Ethnologie d'Amérique du Sud (eds.), Maison Science de l'Homme, Presses Universitaires de Lille, Lille.

Lorenzo, José L.

1974 "Poblamiento del Continente Americano", *Historia de México*, 1, Salvat Editores de México, S.A., México, D.F., pp. 27-54.

1986 *Los primeros americanos. Etapa Lítica en México y Centroamérica*, Historia General de América, Periodo Indígena I, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas.

Rivet, Paul

1960 *Los orígenes del hombre americano*, Fondo de Cultura Económica, México, Distrito Federal.

Rutter, N.W.

1980 "Late Pleistocene History of the Western Canadian ice-free corridor", *Canadian Journal of Anthrop.*, 1 (1), N.W. Rutter y C.E. Schweger (eds.), Edmonton, pp. 1-8.